

EL BARCO



DE VAPOR

Andrea Ferrari

# Café solo







EL BARCO



DE VAPOR

# Café solo

Andrea Ferrari





*A mi madre,  
que me transmitió  
el placer de los libros.*

*Café solo*

*Primera edición: abril de 2011*

*Séptima reimpresión: febrero de 2019*

Ilustración de cubierta: Javier Aramburu

Dirección editorial: Elsa Aguiar

- © del texto: Andrea Ferrari, 2004
- © Ediciones SM, 2004 (España)
- © de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2011  
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú  
Teléfono: (51 1) 614 8900  
contacto@sm.com.pe  
www.sm.com.pe  
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.  
Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada, Breña, Lima, Perú

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-98-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501311900084

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-01283

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.







## 1 *Clorinda*

TAL vez ustedes lo recuerden, porque el caso fue famoso. En aquellos días la televisión no hacía más que repetir una y otra vez la imagen de los chicos: dos figuras minúsculas en la cornisa de un enorme edificio. Un diario tituló en portada “Romeo y Julieta viven en Villa Urquiza” y por aquí todos guardamos esa hoja como trofeo. Es que no sucede todos los días que el barrio de uno salga en primera plana. Después, como ocurre con todo, los medios se desentendieron del caso. Otros temas corrieron a Romeo y Julieta de los titulares y la gente terminó por olvidarlos.

Nosotros no, les aseguro. Aquí seguimos hablando de ellos durante muchísimo tiempo. Les digo más: aún hoy, si alguien viene con suficiente paciencia, puede conocer hasta los más pequeños detalles de ese romance increíble, que tuvo en vilo al país entero una noche de noviembre.

Para escuchar la historia bien contada conviene acercarse al almacén de Clorinda y Raimundo a las tres o cuatro de la tarde, cuando todavía hay pocos clientes. No tengan duda de que Clori es la mejor: no hay otra persona en el barrio que lo cuente con tanta pasión. Y ni siquiera es necesario insistirle. Alcanza con mencionar el tema para que ella se acode en el mostrador, en ese espacio libre entre las latas de duraznos en oferta y el queso parmesano, y empiece. Primero siempre se aclara la garganta. Luego eleva los ojos, como mirando al techo o tal vez al cielo, y suelta un pesado suspiro.

—Esa —dice—, esa sí que es una historia. Y yo la conozco como nadie.

El relato lleva un buen tiempo: le han oído hablar del tema hasta tres horas seguidas, en una tarde de sábado lluviosa. Pero no sé si ustedes están interesados en la versión completa. Si aceptan perderse algunos de los fabulosos detalles que atesora la memoria de Clori, entonces puedo darles una síntesis de lo que ella cuenta.

Son jóvenes, apenas catorce o quince años. Ella es hermosa: el pelo castaño largo y on-

dulado, los ojos de un azul grisáceo, la nariz fina, los labios carnosos. Él tiene aún rasgos algo infantiles, el pelo un poco largo, la mirada desafiante. Están enamorados. Pero no es uno de esos amores típicos de la adolescencia, que un día sí y otro no. Este es un amor apasionado, profundo. Sin embargo, un mundo los separa. Para empezar, la posición económica: ella pertenece a una familia rica, que habita una de las mejores casas de la zona, una mansión de tres pisos y jardín. Él, en cambio, es pobre y vive junto a sus padres y sus tres hermanos en un pequeño departamento. Además, una antigua disputa divide a sus familias. Durante un tiempo, mantienen su amor en secreto. Pero entonces el padre de ella se entera. Ese día arde Troya: gritos, llantos, portazos. El padre no está dispuesto a que la niña de sus ojos siga adelante con esa relación. Se lo prohíbe. Ella discute, pero no consigue nada. Desolada, le comunica a su amado la noticia. Arde Troya otra vez: él no está dispuesto a aceptarlo. Le anuncia que va a hacer frente a su padre. Ella no tolera pensar en la pelea entre las dos personas que más quiere y toma una decisión tremenda: esa misma noche va a subir a la terraza

más alta de la zona y se va a lanzar al vacío. Le escribe a él una carta de despedida que empieza diciendo “cuando leas esto ya no voy a estar en este mundo” y la deja en el buzón de su casa, pensando que no la verá hasta el día siguiente. Pero él la recibe antes de lo pensado, esa misma noche. Desespera y, creyendo que ella ya murió, decide también él quitarse la vida. Va en busca del edificio más alto para tirarse. Y claro, el edificio resulta ser el mismo. Total que los dos se encuentran ahí arriba. Cuando él llega, ella está en la cornisa. Él camina lentamente por el mismo borde hasta que sus dedos se tocan. Y ahí están: las manos tomadas, el vestido de ella (que según Clori hace juego con sus ojos) flameando en el viento, cuando alguien desde abajo los ve. Y ese alguien llama a la policía, que llama a los bomberos y pronto hay una multitud mirándolos y gritándoles que no lo hagan, que lo piensen mejor, que no vale la pena. Por supuesto llegan las cámaras de televisión, que transmiten en directo y al rato todo el país está pendiente de esos chicos, de que no den un mal paso que convierta la escena en una verdadera tragedia. Entonces entre la multitud

aparece el padre de ella, desesperado, y con un megáfono de esos que usan los bomberos le ruega a su hija que desista. Le promete que va a aceptar al novio, porque con tal de no perderla está dispuesto a todo. Entonces ellos permiten que los ayuden y, con pasos vacilantes y temblorosos, desandan el camino recorrido por la cornisa, mientras allá abajo todos contienen el aliento. El final es feliz: llegan sanos y salvos, se abrazan, todo el mundo festeja, y la familia llora de puro alivio.

Ahí termina el relato.

—¿Pero cómo? ¿Y después qué pasa?

Eso es lo que todos preguntan. Si ahora están de novios, si se van a casar. Están también los que quieren saber los nombres verdaderos, porque claro que ellos no se llaman Romeo y Julieta. Y los que preguntan sus direcciones: estos son casi siempre los periodistas, que tras esa noche invadieron el barrio en busca de los detalles desconocidos de la historia. Y no solo los de Buenos Aires: hasta llegaron reporteros de Córdoba e incluso un equipo de la televisión española... Pero Clori no suelta prenda.

—Eso —suele decir— ya es privado. No voy a ser yo quien me entrometa en la vida de los chicos.

Y eso que le rogaron. Le propusieron, entre otras cosas, ser la invitada estrella de un programa de televisión a cambio de que revelara algún dato crucial. Y nada. Hasta hubo uno que se atrevió a ofrecerle dinero: Clori ni siquiera le respondió, se limitó a cerrarle la puerta del almacén en la cara. Pero lo que verdaderamente la perturba no es eso: es que alguien tenga la osadía de poner en duda su versión de los hechos. Como aquel periodista, el narigón, que una vez terminado el relato preguntó:

—¿Y los gatos?

—En esta historia no hay ningún gato —respondió Clori seca, pero todavía amable.

—Cómo que no —se atrevió soberbio el narigón—. Varias personas me aseguraron que hubo dos gatos en la terraza que tuvieron un rol clave en el caso. Pero tal vez usted no sepa todo lo que pasó.

La cara de Clori se enrojeció y sus ojos parecieron a punto de largar llamas. Golpeó en el mostrador con tal fuerza que las facturas y recibos que su marido Raimundo acababa de ordenar prolijamente volaron por todo el lugar. Era claro que no había más que hablar:

segundos después el periodista narigón estaba fuera del almacén con la clara advertencia de no volver nunca jamás.

Yo creo que se lo buscó. ¿A quién se le ocurre decir una cosa así? Sí, es cierto que algunos detalles del relato no concuerdan y que nadie más que Clori parece saber que el padre de la chica gritó por el megáfono que aceptaba a su novio. Sí, también es cierto que en realidad ella no vio nada de lo que sucedió: fue reconstruyéndolo poco a poco a partir de lo que le contaron, sumando un dato de acá y otro de allá. Y qué. Uno a lo de Clori no va en busca de la VERDAD, así con mayúsculas: allí uno va a escuchar una historia bien contada.

La verdad, si realmente a alguien le interesa, puede buscarse en otro lado. A mí me interesaba.

## 2 *Anselmo*

UN buen lugar para empezar podría ser el negocio de Anselmo. Sin embargo, el periodista narigón no se detuvo allí. Yo lo vi pasar, abstraído en su libreta de apuntes, probablemente aún disgustado por el mal momento que había sufrido con Clori. No le echó siquiera una ojeada a la relojería y eso que Anselmo estaba ahí parado, esperando que algún cliente se decidiera a entrar.

Y si uno lo piensa bien, todo empieza allí: en la falta de clientes. Porque si el negocio hubiera funcionado mejor, Fernando habría seguido trabajando y entonces las cosas hubieran sido distintas. Pero me estoy precipitando. Mejor cuento la historia tal como me la explicó a mí Anselmo, que aún hoy sigue extrañando a Fernando.

—Un muchacho con un don natural para los relojes —dice—. Una lástima que tuviera que irse.



Es una manera peculiar de ver el asunto, porque en verdad fue el mismo Anselmo quien le dijo que se fuera, que la gente arreglaba cada día menos relojes y ya no podía seguir pagándole el sueldo.

—Y la primera reacción del muchacho no fue preocuparse por su futuro, sino por los animales. Así es él: los animales son su pasión.

La pasión de Fernando en este caso se trataba de dos perros, un gato, una tortuga, un loro y un mono. Como para no preocuparse. Hasta ese momento vivía felizmente con todas sus mascotas en un pequeño departamento alquilado, a dos cuadras de la relojería. Es decir, felizmente para él y desgraciadamente para sus vecinos, que no hacían más que quejarse del ruido y el mal olor. Tras dieciocho reuniones y varias cartas amenazantes, los vecinos no habían logrado que Fernando mudara a sus animales, pero habían obtenido una promesa del dueño del departamento: ante el más mínimo problema, le cancelaría el contrato. Estando los ánimos tan caldeados, Fernando tenía claro que no habría modo de negociar un atraso en el alquiler. Sin sueldo no podía pagar y sin pago él y toda la fauna quedaban de patitas en

la calle. Claro que él podía conseguir lugar en la casa de algún amigo, pero ¿quién iba a aceptar a dos perros, un gato, una tortuga, un loro y un mono?

Como suele suceder en estos casos, la solución llegó de donde menos podía esperarla: de un cliente. Mejor dicho, de una clienta, que un día se apareció con uno de esos relojes de cuco en el que el pajarito se negaba a cantar. Y mientras Anselmo revisaba el mecanismo, dejó caer el comentario como de pasada: que su hermano andaba buscando un cuidador para la quinta de Bella Vista. Y que era urgente, porque los caseros se habían ido sin previo aviso y alguien tenía que hacerse cargo de la casa y de los dos perrazos que allí vivían.

No habían pasado dos horas cuando Fernando ya se había ofrecido como cuidador. Una semana después estaba instalado. Es decir, todo marchaba sobre ruedas.

Ya sé que a estas alturas alguien se habrá impacientado y se preguntará qué tiene que ver todo esto con Romeo y Julieta. Con tranquilidad: ya vamos llegando. Porque, como decía, todo marchaba sobre ruedas, a excepción de un pequeño detalle: el gato. Resultó que los

dos perrazos de la quinta eran unas bestias feroces y apenas vieron al gato intentaron destruirlo. Fernando lo rescató en dos oportunidades y analizó las opciones: no iba a estar siempre presente para salvarlo, de modo que era mejor encontrar una nueva casa para Modesto. Porque ese era el nombre del gato.

Así es como aparece Marcelo en esta historia: es el chico que se convirtió en el nuevo dueño de Modesto. Ya sé: ustedes se preguntan otra vez cuál es la relación con Romeo y Julieta. Pues bien: Marcelo es Romeo. Me lo dijo Anselmo. Y el gato tiene una importancia central en la historia, tal como intuyó el periodista narigón. Solo que preguntó en el lugar equivocado.

Si del gato vamos a hablar, hay que empezar por mencionar el asunto del nombre: una confusión. Eso también me lo contó Anselmo. Así son las cosas: cuando Fernando decidió buscar una nueva casa para Modesto, se puso a llamar a cuanto número tenía en la agenda. Pero las páginas avanzaban, las monedas se iban agotando (llamaba desde un teléfono público), y

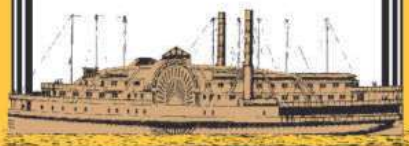




¿Dos chicos enamorados encima de una cornisa? Nadie tiene la menor duda de que pretenden acabar con sus vidas, y el barrio en pleno entra en acción para impedirlo. Claro que no todo es siempre lo que parece.

En un tono fresco y desenfadado, la argentina ANDREA FERRARI muestra lo complicado de las relaciones humanas y cómo la visión de la realidad puede ser muy distinta para cada persona.

A PARTIR DE 12 AÑOS




MARGA, DOCE AÑOS:  
Me encanta esta historia  
de Carla y Marcelo.  
A veces me reía sola  
mientras la estaba leyendo...

SERGIO, TRECE AÑOS:  
Hay que ver la que se puede liar  
en un barrio por un cotilleo de nada.  
¡Increíble!

ISBN: 978-612-4055-98-0



9 786124 055980

 Hecho en el Perú

OTRO LIBRO DE ESTA AUTORA:  
· El complot de Las Flores

1  
5  
3  
4  
2  
3